

**UN ACERCAMIENTO PASTORAL A LA LECTIO DIVINA DEL DOMINGO
XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO**

“El corazón de pastor: deja, busca lo perdida, acoge y hace fiesta”

« ¿Quién de vosotros que tenga cien ovejas; si pierde una de ellas no abandonará las noventa y nueve en el desierto e irá por aquella que se le había extraviado?» Observad Cómo Jesucristo dio con esto un ejemplo de maravillosa piedad, que el hombre reconociera en sí mismo, y, sin embargo, perteneciese especialmente al mismo autor de los hombres. Pero se extravió una de estas ovejas cuando, pecando el hombre, abandonó el prado de la vida. Más Dios abandonó en el desierto a las noventa y nueve restantes, porque dejó en el cielo aquellos excelsos coros de ángeles. Se llama, pues, desierto al cielo, porque desierto significa abandonado. Abandonó el hombre el cielo cuando pecó. Pero permanecieron en el desierto las noventa y nueve ovejas, mientras el Señor buscaba en la tierra a la única que se le había extraviado, porque el número de las criaturas racionales, es decir, el de los ángeles y el de los hombres, que fueron creados para ver a Dios, había disminuido con la pérdida del hombre, y a fin de que la suma perfecta de ovejas se completase en el cielo, se buscaba en la tierra al hombre que se había perdido... ¿qué mujer que tenga diez dracmas, si perdiese una dracma, no enciende la lámpara, trastorna la casa y busca diligentemente hasta encontrar la dracma que perdió? El mismo que se designa por el pastor, se significa también por la mujer; pues el mismo es Dios y la sabiduría de Dios. Y puesto que la dracma representa la imagen, perdió la mujer la dracma, cuando el hombre, creado a imagen de Dios, se separó por el pecado de la semejanza de su Creador. Pero la mujer enciende la lámpara porque la sabiduría de Dios apareció en la humanidad. Una lámpara no es más que una luz puesta en un cacharro; pero la luz en un cacharro es la divinidad puesta en la carne. Pero la mujer tuvo diez dracmas, porque nueve son los órdenes de los ángeles. Mas para que se completase el número de los elegidos, fue creado el hombre en el décimo lugar, el cual no pereció para su Creador, ni aun después del pecado, porque la eterna sabiduría, resplandeciente de milagros en la carne, le reparó con la del cacharro. (Las Parábolas del Evangelio, San Gregorio Magno, Ed. Nebli, Madrid, págs. 168-198)

INTRODUCCIÓN

Domingo, día en que celebramos como Iglesia la secuencia del compromiso cristianos del discípulo del señor. En el día de hoy en la primera lectura Moisés ha subido al Sinaí llamado por Dios, para recibir el documento de la alianza: el decálogo. Tarda demasiado y el pueblo pierde su esperanza y construye una toro de oro, símbolo de la fuerza divina y danza para él. Pero Yahvé se irritó y quiso destruir el pueblo. Entonces, se presenta un forcejeo entre Dios y Moisés; Dios quiere destruir a su pueblo de “dura cerviz” y Moisés intercede para que tenga misericordia. El señor tiene misericordia porque se arrepiente del castigo al pueblo. Cristo vino a perdonar. Pablo mismo es un testigo excepcional de la misericordia infinita con el hombre

pecador, Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Y el evangelio contiene las parábolas de la misericordia, como lógica del reino, el señor no se contradice, él mismo como buen pastor, ofrece su vida por las ovejas, como buena madre busca hasta encontrar la moneda perdida y como buen padre ofrece sus manos abiertas a todo hombre y mujer pecador que quiera buscarlo, tomar conciencia y enmendar su camino. La casa del padre espera con los brazos abiertos que todos lo busquemos y vayamos tras él vida verdadera.

Primera Lectura

Lectura del libro del Éxodo 32, 7-11. 13-14

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés:

- «Anda, baja del monte, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un novillo de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman:

"Éste es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto."

Y el Señor añadió a Moisés:

- «Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo.»

Entonces Moisés suplicó al Señor, su Dios:

- « ¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto con gran poder y mano robusta? Acuérdate de tus siervos, Abraham, Isaac y Jacob, a quienes juraste por ti mismo, diciendo:

"Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea por siempre."

Y el Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

Palabra de Dios.

Salmo responsorial

Sal 50, 3-4. 12~13. 17 y 19 (R.: Lc 15, 18)

R: *Me pondré en camino adonde está mi padre.*

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito, limpia mi pecado. *R.*

Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu. *R.*

Señor, me abrirás los labios,

y mi boca proclamará tu alabanza.
Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias. *R.*

Segunda Lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo 1, 12-17

Querido hermano:

Doy gracias a Cristo Jesús, nuestro Señor, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio.

Eso que yo antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente.

Pero Dios tuvo compasión de mí, porque yo no era creyente y no sabía lo que hacía.

El Señor derrochó su gracia en mí, dándome la fe y el amor en Cristo Jesús.

Podéis fiaros y aceptar sin reserva lo que os digo: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero.

Y por eso se compadeció de mí: para que en mí, el primero, mostrara Cristo Jesús toda su paciencia, y pudiera ser modelo de todos los que creerán en él y tendrán vida eterna.

Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Palabra de Dios.

Evangelio

Lectura del Santo Evangelio según san Lucas 15, 1-32

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos:

- «Ése acoge a los pecadores y come con ellos.»

Jesús les dijo esta parábola:

- «Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja las noventa y nueve en el campo y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos para decirles: ¡Felicitadme!, he encontrado la oveja que se me había perdido. »

Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.

Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una, ¿no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas para decirles:

¡Felicitadme!, he encontrado la moneda que se me había perdido. »

Os digo que la misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta.»

También les dijo:

- «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre:

"Padre, dame la parte que me toca de la fortuna."

El padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad.

Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer.

Recapacitando entonces, se dijo:

"Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros."

Se puso en camino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo.

Su hijo le dijo:

"Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo."

Pero el padre dijo a sus criados:

"Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado."

Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo.

Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba.

Éste le contestó:

"Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud."

Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo.

Y él replicó a su padre:

"Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado."

El padre le dijo:

"Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado."»

Palabra del Señor.

Breve lectio divina con aporte pastoral

El hilo conductor de la primera lectura, el salmo, la segunda lectura y el evangelio es sobre el rostro misericordioso del Señor, el contexto en que se mueve el autor o la intencionalidad del autor es mostrar que su lógica de mor

va contra todos aquellos que se escandalizaban por el trato de Jesús con los pecadores y publicanos.

Lucas muestra por medio de estas parábolas que él es el camino al Padre misericordioso, ese corazón está lleno de amor, es un corazón distinto al de los hombres porque él no juzga al hombre, este corazón es visto a través de los ojos de Cristo o a partir de Cristo donde se muestra verdaderamente quién es el Señor y que quiere para el hombre de todos los tiempos.

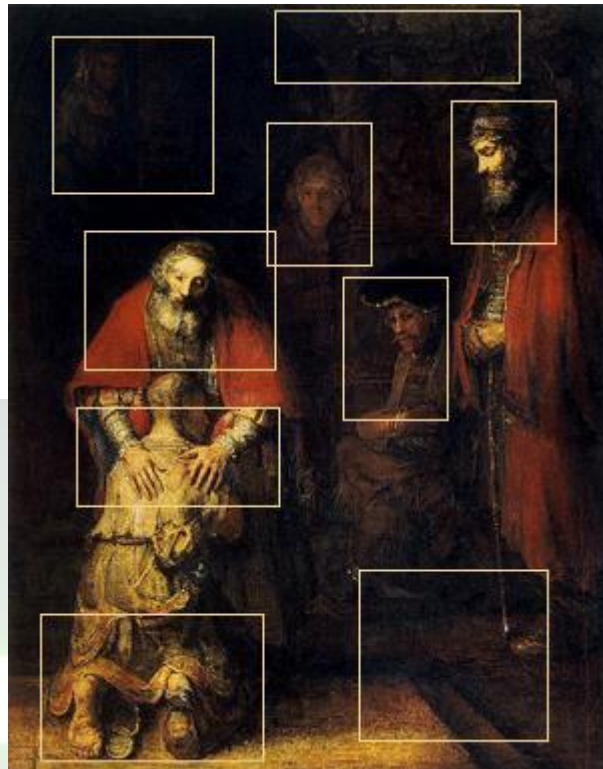
1. El texto y su mensaje hoy

Estructura del texto:

Enseñanza en tres parábolas donde el señor demuestra su misericordia de la siguiente manera:

- Lo perdido:
En términos económicos, de rentabilidad, de ganancia, parece que estas parábolas fueran ilusorias o irrisorias...
- El Pastor con cien ovejas. Pierde una de ellas y no se queda conforme, sino que deja las noventa y nueve y sale en búsqueda de la perdida.
- Se llena de gozo al encontrarla
- Las 99 otras ovejas “no necesitan arrepentirse”, eran justas ante el Señor. No buscan justificarse por sí mismas, sino que están en comunión con Dios.
- ¿Quién es el justo? Son personas observantes de la costumbre, regla, derecho, denota rectitud, un estado de ser recto, de conducta.
- Jesús la llama “Mi oveja” (Lucas 15,6) como algo propio, al señor le “duele” perder una ovejita porque para él todos somos importantes.
- La oveja extraviada es el hijo de Dios que se aparta y está en peligro.
¿Cuánto vale una oveja?
- A los ojos del mundo: son más importantes las noventa y nueve (99) que una sola, pero para Dios en Jesucristo, pastor del rebaño “vale” lo mismo que todas e incluso es por los pecadores que necesitan de salvación.
- ¿Por qué busca a esta oveja perdida?
Porque la ama igual que a las demás.
Las 99 ovejas son los que se creen salvos o justos, recordemos que para ellos va el mensaje, o mejor aquellos son los que en primero lugar pensaron que ya estaba salvos por ser importantes israelitas, fariseos y publicanos: en su gran mayoría eran Judíos que cobraban impuestos para los invasores romanos y que por eso explotaban al pueblo. Ellos cobraban de más para quedar bien con los romanos, explotando a sus propios hermanos.
¿Cuál es actitud del pastor?
Inicia el proceso de buscar a la oveja.
La carga sobre los hombros lleno de gozo y lo comparte no lo guarda para sí.

APORTE PASTORAL DESDE EL LIBRO EL REGRESO DEL HIJO PRODIGO
(HENRI J. NOUWEN)



I. El cuadro de **Rembrandt Harmenszoon von Rijn**.- Rembrandt, pintor holandés, es uno de los principales autores de toda la historia de la pintura. Vive entre 1606 y 1669. Es el maestro del claroscuro y uno de los más caracterizados pintores del barroco. Llevó una vida azarosa, inestable, conflictiva y dura. Se casó dos veces y, al final, vivió con una mujer que no era su esposa, tras graves problemas familiares. Un año antes de su muerte falleció su hijo Tito. Esta muerte era el final de una trágica historia de muertes en la familia de Rembrandt, que hubo de enterrar, a lo largo de su vida, a tres hijas, dos hijas, una esposa y otras dos mujeres. Estuvo arruinado en varias ocasiones. Un aspecto importante en su vida, en el ambiente permisivo de Amsterdam, fue su tolerancia religiosa - estuvo cerca de algunas sectas protestantes y fue muy proclive a los judíos, a quienes pintó en distintas ocasiones- y, al final de su días, vivió una sincera y quizás angustiada y atormentada búsqueda de Dios.

II. **El cuadro "El regreso del hijo pródigo"**.- Es quizás su última obra, pintado al final de su vida, en el año 1669. Es su testamento. Denota el largo camino de la vida del autor. Contrasta con otras imágenes de la juventud de Rembrandt en medio de un burdel, feliz y dichoso en su ser hijo pródigo (1636). Ahora diríase que quiere ser el Padre de la parábola, después de haber sido tantas veces hijo pródigo. ¿Autoretrato? Es un cuadro de grandes proporciones -2,50X2 metros-. En 1766 fue adquirido por la Zarina Catalina la Grande e instalado en la Residencia de los Zares en San Petersburgo, capital de la Rusia Zarista, en lo que hoy es el Museo Hermitage.

III. Personajes de la parábola

El cuadro, pintado en esplendorosa técnica del claroscuro y del tenebrismo -rasgos definidores de la pintura barroca- representa dos grupos de personajes. A la derecha del cuadro, el abrazo entre un anciano y un joven harapiento, y a la izquierda, cuatro espectadores u observadores de la escena -dos hombres y dos mujeres-. El cuadro, como se acaba de decir, se completa con otros tres personajes. Uno de ellos aparece sentado, golpeándose el pecho. Podría ser la imagen del administrador o el recaudor de impuesto, imagen que suele simbolizar el pecado. Destaca en el cuadro la luz centrada sobre la abrazo entre los protagonistas de la escena. También aparece iluminado uno de los cuatro espectadores, en el que surge en el extremo izquierda.



1. El hijo menor: La cara del hijo menor trasluce anonadamiento y petición de perdón. Es un rostro al que sólo se le ve una faz, un tanto deforme, a

modo del rostro de un feto. Es signo del regreso del hijo menor al regazo del Padre-Madre.

El pelo rapado le priva de individualización, lo hace uno más -como en los cuarteles o campos de concretación que cortan el pelo a todos por el igual-.

El único signo de dignidad que le queda es una espada, que porta, atada, a la altura de la cintura. Es el testimonio de su origen, el único vínculo que le queda de su historia, la única realidad que todavía le une al Padre.

Lleva las sandalias rotas, desgastadas. Ya no sirven. Con todo, el pie derecho va todavía más desguarnecido. Las manos del Padre jugarán también un especial paralelismo con los pies desnudos de su hijo menor, protegiendo, sanando, apoyando.

2. El hijo mayor: El rostro del hermano mayor aparece resignado, escéptico y juez. El hijo mayor, correctamente ataviado, surge en el cuadro desde la distancia. Como el Padre, lleva barba y túnica roja, que, sin embargo, está bastante más apagada. Le falta brillo y, sobre todo, grandeza y dignidad.

Su presencia es rígida, erguida. Está apoyado por un largo bastón, que lo hace más grande, más lejano, más sombrío.

Su mirada es un tanto enigmática, con carga y fuerza contenidas. Se mantiene a distancia. Mira de reojo.

Sus pies y sus manos: Está de pie mientras que el hermano menor está de rodillas y el padre está agachado. Tiene las manos cerradas, frente a las manos abiertas del Padre y de su hermano.

3. El padre misericordioso

- La luz emana del anciano -el Padre de la parábola del hijo pródigo- y vuelve hacia él.

- Destaca asimismo el juego de colores: la gran túnica roja del Padre, el traje roto en dorado del joven -el hijo pródigo- y el traje similar al del padre del espectador principal -el hijo mayor de la parábola-. El fondo es oscuro a fin de que resalte más la luz de la escena principal.

- **La centralidad del cuadro, el abrazo del reencuentro entre el Padre y el hijo menor, emana intimidad, cercanía, gozo, reconciliación, acogida. El Padre estrecha y acerca al hijo menor a su regazo -vuelta al hogar materno- y a su corazón, y el hijo, harapiento y casi descalzo, se deja acoger, abrazar y perdonar.**

- **El centro del cuadro, el centro de la luz que lo ilumina, descansa más precisamente aún sobre las manos. Las manos del Padre sobre la espalda del hijo menor son el corazón del cuadro. Hacia ella se dirige la mirada de todos los personajes. Son manos de amor, de descanso de acogida**



LECTIO DESDE LA MIRADA DE UN LAICO COMPROMETIDO
COMUNIDAD ALABANZA

LA ALEGRÍA DE LA RECONCILIACION

Un acto de humildad de cada uno de nosotros debe ser el de reconocer nuestros pecados, reconocer que somos imperfectos, que a diario cometemos errores y que mientras estemos aquí nuestra vida será una constante lucha entre el obrar bien de acuerdo a las enseñanzas del señor y en el obrar mal producto de las tentaciones y debilidades que se nos presenten y que nos invadan en todo momento.

Pero hay algo muy claro y es que la misericordia de DIOS es infinita, el nos ama tanto que nos acepta tal y como somos, el siempre nos está llamando, tocando a nuestra puerta dispuesto a dar todo por nuestra felicidad, a perdonarnos. El siempre nos espera, se preocupa por nosotros, está pendiente de todas nuestras obras y lo único que desea es que nos podamos encontrar con él, caminar de su mano y sentir que solo con el encontraremos la felicidad plena que inunde todo nuestro corazón.

El señor no reconoce clase social, a él no le importa que tengamos dinero, poder, nuestra raza, nuestro credo, ante su presencia todos somos iguales. Siempre está buscando nuestro bienestar, a pesar de que en muchas ocasiones nos alejemos de él siempre confía en nosotros y nos espera con los brazos abiertos, por eso es muy importante que estemos dispuestos a reencontrarnos con él en todo momento, especialmente cuando estemos alejados completamente y nuestra fe este completamente perdida debido a las situaciones negativas que se nos puedan presentar.

El perdón es una gracia que recibiremos siempre por parte de DIOS, quien nos conoce y a través de sus sacerdotes nos libera de nuestras culpas, por eso es muy importante hacer un alto en el camino, en un acto de conciencia mirar cuales son nuestros pecados, pedirle al ESPIRITU SANTO que nos ilumine y nos permita ver y reflexionar sobre estos con un objetivo final: el reconciliarnos con el señor y luchar por no reincidir en nuestros errores.

Nuestra vida es una continua lucha, por eso cuando nos abandonamos en el señor sentiremos una fuerza que renovará nuestros corazones, nuestro deseo de luchar, de vivir, de amar, de perdonar, de ser perdonados.

El señor fue muy claro cuando dijo **“Les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse”**, aquí se concentra una hermosa promesa que nos invita a tener esperanza y a perseverar en ser mejores cristianos día a día fijando nuestras metas en una salvación eterna, por eso como ovejas debemos volver a nuestro redil donde está JESÚS el buen pastor que nos llena de todo su amor infinito e incondicional. Imaginemos la fiesta que se realiza en el cielo cuando nosotros reconocemos que le hemos fallado al señor, y que le

suplicamos perdone nuestros pecados diciéndole que estamos dispuestos a cambiar y a dejarnos guiar por él. Los coros de ángeles y santos alabando a DIOS llenos de felicidad, porque uno que estaba perdido se ha reencontrado con el verdadero camino que él nos ha trazado desde el momento de nuestra creación.

La invitación está dada, por eso luchemos por elegir el buen camino, para que nuestras vidas se limpien y purifiquen convirtiéndonos en un diario testimonio del AMOR y la MISERICORDIA, que DIOS tiene para cada uno de nosotros.

Que el señor purifique y limpie nuestros corazones para que actuemos como sus verdaderos hijos.

GIOVANNI



Homilía de Juan Pablo II**La dignidad humana**

Esta imagen concreta del estado de ánimo del hijo pródigo nos permite comprender con exactitud en qué consiste la misericordia divina. No hay lugar a dudas de que en esa analogía sencilla pero penetrante la figura del progenitor nos revela a Dios como Padre. El comportamiento del padre de la parábola, su modo de obrar que pone de manifiesto su actitud interior, nos permite hallar cada uno de los hilos de la visión veterotestamentaria de la misericordia, en una síntesis completamente nueva, llena de sencillez y de profundidad. El padre del hijo pródigo es *fiel a su paternidad, fiel al amor* que desde siempre sentía por su hijo. Tal fidelidad se expresa en la parábola no sólo con la inmediata prontitud en acogerlo cuando vuelve a casa después de haber malgastado el patrimonio; se expresa aún más plenamente con aquella alegría, con aquella festosidad tan generosa respecto al disipador después de su vuelta, de tal manera que suscita contrariedad y envidia en el hermano mayor, quien no se había alejado nunca del padre ni había abandonado la casa.

La fidelidad a sí mismo por parte del padre — un comportamiento ya conocido por el término veterotestamentario « *hesed* » — es expresada al mismo tiempo de manera singularmente impregnada de amor. Leemos en efecto que cuando el padre divisó de lejos al hijo pródigo que volvía a casa, « le salió *conmovido* al encuentro, le echó los brazos al cuello y lo besó ». Está obrando ciertamente a impulsos de un profundo afecto, lo cual explica también su generosidad hacia el hijo, aquella generosidad que indignará tanto al hijo mayor. Sin embargo las causas de la conmoción hay que buscarlas más en profundidad. Sí, el padre es consciente de que se ha salvado un bien fundamental: el bien de la humanidad de su hijo. Si bien éste había malgastado el patrimonio, *no obstante ha quedado a salvo su humanidad. Es más, ésta ha sido de algún modo encontrada de nuevo*. Lo dicen las palabras dirigidas por el padre al hijo mayor: « Había que hacer fiesta y alegrarse porque este hermano tuyo había muerto y ha resucitado, se había perdido y ha sido hallado ». En el mismo capítulo XV del evangelio de san Lucas, leemos la parábola de la oveja extraviada y sucesivamente de la dracma perdida. Se pone siempre de relieve la misma alegría, presente en el caso del hijo pródigo. La fidelidad del padre a sí mismo está totalmente centrada en la humanidad del hijo perdido, en su dignidad. Así se explica ante todo la alegre conmoción por su vuelta a casa.

Prosiguiendo, se puede decir por tanto que el amor hacia el hijo, el amor que brota de la esencia misma de la paternidad, obliga en cierto sentido al padre a tener solicitud por la dignidad del hijo. Esta solicitud constituye la medida de su amor, como escribirá san Pablo: « La caridad es paciente, es benigna..., no es interesada, no se irrita..., no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad..., todo lo espera, todo lo tolera » y « no pasa jamás ». La misericordia —tal como Cristo nos la ha presentado en la parábola del hijo pródigo— *tiene la forma interior del amor*, que en el Nuevo Testamento se llama *agapé*. Tal amor es capaz de inclinarse hacia todo hijo pródigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria moral o

pecado. Cuando esto ocurre, el que es objeto de misericordia no se siente humillado, sino como hallado de nuevo y « revalorizado ». El padre le manifiesta, particularmente, su alegría por haber sido « hallado de nuevo » y por « haber resucitado ». Esta alegría indica un bien inviolado: un hijo, por más que sea pródigo, no deja de ser hijo real de su padre; indica además un bien hallado de nuevo, que en el caso del hijo pródigo fue la vuelta a la verdad de sí mismo.

Lo que ha ocurrido en la relación del padre con el hijo, en la parábola de Cristo, no se puede valorar « desde fuera ». Nuestros prejuicios en torno al tema de la misericordia son a lo más el resultado de una valoración exterior. Ocurre a veces que, siguiendo tal sistema de valoración, *percibimos principalmente en la misericordia una relación de desigualdad* entre el que la ofrece y el que la recibe. Consiguientemente estamos dispuestos a deducir que la misericordia difama a quien la recibe y ofende la dignidad del hombre. La parábola del hijo pródigo demuestra cuán *diversa es* la realidad: la relación de misericordia se funda en la común experiencia de aquel bien que es el hombre, sobre la común experiencia de la dignidad que le es propia. Esta experiencia común hace que el hijo pródigo comience a verse a sí mismo y sus acciones con toda verdad (semejante visión en la verdad es auténtica humildad); en cambio para el padre, y precisamente por esto, el hijo se convierte en un bien particular: el padre ve el bien que se ha realizado con una claridad tan límpida, gracias a una irradiación misteriosa de la verdad y del amor, que parece olvidarse de todo el mal que el hijo había cometido.

La parábola del hijo pródigo expresa de manera sencilla, pero profunda *la realidad de la conversión*. Esta es la expresión más concreta de la obra del amor y de la presencia de la misericordia en el mundo humano. El significado verdadero y propio de la misericordia en el mundo no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral, físico o material: la misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y *extrae el bien de todas las formas de mal* existentes en el mundo y en el hombre. Así entendida, constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión. Así entendían también y practicaban la misericordia sus discípulos y seguidores. Ella no cesó nunca de revelarse en sus corazones y en sus acciones, como una prueba singularmente creadora del amor que no se deja « vencer por el mal », sino que « vence con el bien al mal »

Es necesario que el rostro genuino de la misericordia sea siempre desvelado de nuevo. No obstante múltiples prejuicios, ella se presenta particularmente necesaria en nuestros tiempos.

(Dives in Misericordia , Juan Pablo II, cap. IV, 1980. www.vatican.va)

Lectio Divina para jóvenes

Una encantadora leyenda nos habla de un pecador que se confesó con profunda contrición. El confesor absolvió al penitente y le previno contra la recaída. El hombre, con todo, cayó en la misma tentación, y, al presentarse de nuevo contrito al tribunal de la penitencia, el confesor vaciló largo tiempo en absolverle. Cuando, por fin, lo hizo, advirtió: «Ésta es la última vez.» Mas, a pesar de todos los propósitos, la tentación pudo más que el pecador, y cuando por tercera vez fue al confesonario el confesor le negó rotundamente la absolución porque dudaba de que el arrepentimiento del penitente fuera sincero. El buen hombre, en cambio, afirmaba que se sentía profundamente contrito. El sacerdote, no obstante, persistió en la negativa. Mas en aquel preciso momento aconteció que desde la alta cruz del coro sonó por la iglesia como un llanto. Sorprendido el confesor, levantó los ojos y vio como la imagen adquiría vida y el Crucificado soltaba la mano derecha del madero de la cruz y trazaba sobre el pecador el signo de la absolución.

Y para el severo confesor sonó esta recriminación: «No has derramado tú la sangre por él.»

En una escuela de un barrio de Londres una religiosa estaba preparando a una clase para recibir los sacramentos y hacía varias preguntas encaminadas a despertar un verdadero dolor de haber pecado.

—¿Sabrías hacer un acto de contrición perfecta? — preguntó a un niño pequeño.

— ¡Oh sí, hermana! Es fácil. No haría más que mirar un crucifijo y pensar que fui yo quien lo hizo todo.

(Vademécum de ejemplos predicables, Mauricio Rufino, Ed. Herder, Barcelona, págs. 1644-1645)